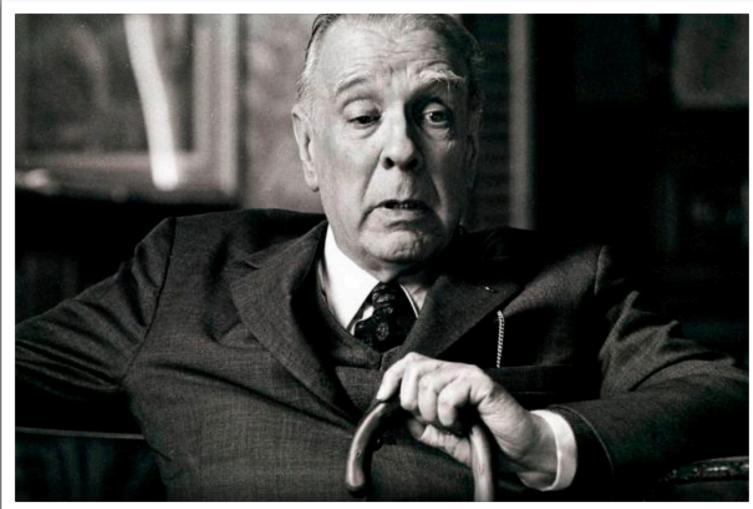


Ricardo Peltier San Pedro

Mi encuentro con Borges en Buenos Aires

Memoria de un encuentro
en la calle de Las Artes



Xochimilco Editions

Mi encuentro con Borges en Buenos Aires

Memoria de un encuentro
en la calle de Las Artes



Xochimilco Editions

México · Barcelona · Bogotá · Buenos Aires · Caracas · Madrid
Montevideo · Miami · Santiago de Chile · París
Los Ángeles · Londres · Milpa Alta



© Xochimilco Editions, 2025

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos.

Primera edición
Julio de 2019

Segunda edición revisada
Diciembre de 2025

Derechos de edición mundiales en lengua castellana

Xochimilco Editions
San Bárbara 17
Colonia del Valle
Alcaldía Benito Juárez
Ciudad de México
México

WWW.PELTIERSANPEDRO.COM

Buenos Aires, 1973

El 7 de marzo de 1973, a las 15:36 horas, aterricé en el aeropuerto de Ezeiza. Tenía veintidós años y era mi primer viaje fuera del país. ¿Por qué Buenos Aires y no París, Madrid o Londres? La razón era muy sencilla: visitar a mi amigo Óscar de la Garza y Becerra, quien llevaba poco más de un año de haber abandonado la UNAM para proseguir sus estudios de Ciencia Política en la Universidad Nacional del Rosario, en la provincia de Santa Fe.

Realicé el vuelo en compañía de Enrique de la Garza y Becerra —uno de los nueve hermanos de Óscar— y Claudio Estern, un amigo de Enrique. Cuando le comenté a Claudio que aquel era mi primer viaje al extranjero, me dijo azorado:

—¡Vaya! ¡No es un mal comienzo!

Debo decir que la ciudad de Buenos Aires me cautivó de inmediato. Es una ciudad hermosa, poblada de avenidas arboladas, alamedas y parques; posee un aire profundamente europeo. Su vida cultural es intensa y la nocturna, frenética. Era común ver, a las tres de la madrugada, autobuses urbanos repletos de jóvenes que regresaban a casa tras asistir a alguno de los muchos teatros, restaurantes o bares que animan la ciudad.

Enrique y yo nos hospedamos en la casa de doña Marta, madre de Silvia Molina y Vedia del Castillo, ubicada en la calle de Gorostiaga, en el bello barrio de Belgrano. Conocí a Silvia poco después de su llegada a México, pues en 1971 me dio clases de Sociología en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Así, cuando se enteró de que su cuñado

Enrique y yo planeábamos viajar a Buenos Aires, nos ofreció la casa de su madre para alojarnos durante las tres semanas que estaríamos en la ciudad. Claudio, por su parte, se instaló en el departamento de un amigo en el centro.

Dos semanas después de nuestra llegada, y tras haber andado de la ceca a la meca, Enrique y yo decidimos caminar una tarde calurosa por la céntrica calle Florida, la primera peatonal del país y la más comercial de la ciudad. Luego de recorrerla durante casi una hora, desembocamos en la Plaza de Mayo. Al enfilar hacia el sur por la calle de Reconquista, arribamos al barrio de San Telmo y, de repente, para nuestra sorpresa, nos dimos cuenta de que... iestábamos transitando por la calle México!

Al pasar por el número 564, vimos la antigua Biblioteca Nacional, instalada en un edificio imponente de columnas macizas y estilo clásico; después, al cruzar frente al número 524, descubrimos la sede de la Sociedad de Argentina de Escritores (SADE), que ocupaba una bella casona porteña, con su patio, su aljibe y todo el sabor de la época.

El encuentro en la calle de Las Artes

Una vez que tomamos un descanso en la sede de la SADE y probamos un delicioso café, continuamos nuestro recorrido por el barrio de San Telmo, entre bares, tertulias de tango y tiendas de anticuarios. Al terminar, regresamos hacia la zona de Florida para tomar la línea 33 del colectivo que nos llevaría de vuelta a casa de doña Marta, quien, debo decir, nos acogió cálidamente desde el primer día.

Poco antes de alcanzar la calle Florida, pasamos casualmente frente a una pequeña librería de nombre La Ciudad, ubicada en el número 971 de la calle Maipú, Local 16-18, en la zona conocida como la "Calle de las Artes". Como el lugar se veía bien surtido, entramos para curiosear las novedades editoriales. Una vez dentro, notamos que el local estaba prácticamente vacío y que solo era atendido por una señora. Después de hojear algunos volúmenes en los estantes y anaqueles, Enrique y yo nos percatamos de que, en la parte posterior de la librería, estaba sentado frente a una pequeña mesa un señor de edad avanzada. Tenía el pelo cano, vestía un traje impecable y mantenía un bastón de caoba a su lado; parecía estar dictándole algo a una joven secretaria.

Al aproximarnos, descubrimos que, en efecto, aquel anciano ciego dictaba en voz baja, casi en susurros, algo inaudible para nosotros. La joven apenas paraba la oreja para intentar mecanografiar lo mejor posible lo que lograba captar en una pequeña máquina de escribir *Remington Rand*.

En ese momento, la encargada de la librería se nos acercó rápidamente y nos pidió que nos retiráramos de allí; no quería que, por ningún motivo, molestáramos al caballero.

—¡Está concentrado dictando el capítulo de una novela! —nos dijo con preocupación.

Ante nuestra cara de sorpresa inicial y la incredulidad que le siguió, la dependienta nos explicó pacientemente:

—Miren, yo me llamo Betty y el dueño de la librería, Luis Alfonso, es mi esposo. Él me ha encomendado la tarea de cuidar al señor Borges y de no permitir que nadie lo interrumpa mientras trabaja.

Enrique y yo casi nos desmayamos al oír el nombre.

—¿Jorge Luis Borges? —le inquirimos.

—¡¿El famoso escritor argentino?! —volvimos a preguntar, casi al unísono.

—¡Sí! —nos respondió ella con naturalidad.

Como no era nuestra intención distraer a uno de los poetas más originales y profundos de habla hispana, Enrique y yo nos retiramos hacia la entrada inmediatamente. Sin embargo, no podía irme así. Le pedí a la señora Betty que buscara un libro de Borges para que, si ella lo consideraba prudente, le solicitara el favor de firmarlo.

—¿Qué libro de Borges querés vos? —preguntó Betty con curiosidad.

—*El Aleph*, de ser posible —contesté.

A los cinco minutos regresó y me dijo:

—Disculpe, pero ya no tengo ejemplares de *El Aleph*, se agotaron todos; a cambio le traje *Ficciones*, publicado recientemente por Emecé Editores.

Le di las gracias y la insté nuevamente a que le preguntara al afamado escritor si podía firmarlo.

—¡Dígale que soy de México! —le grité en un arranque, mientras ella caminaba hacia el escritorio donde se hallaba sentado el autor de "Límites" —para algunos, el mejor de sus poemas—.

Sospecho que Borges alcanzó a escuchar mi grito, porque al oír la palabra "México", reaccionó de inmediato y mostró un sumo interés por lo que ocurría a su alrededor. La señora Betty se acercó a él y le explicó que había un mexicano en la librería solicitando una firma. Para mi total sorpresa, Borges

tomó el ejemplar, le pidió una pluma a la joven secretaria y, a tientas, estampó su firma.

Me quedé atónito. ¡No lo podía creer! Mi libro estaba firmado, ni más ni menos, que por Jorge Luis Borges.

¡Pero ahí no terminó la cosa!

Una vez que Borges firmó *Ficciones* —considerada una de sus obras fundamentales—, le pidió a la señora Betty que me hiciera acercar; quería conocerme. Enrique, que observaba desde el otro extremo de la librería, se aproximó rápidamente al notar el giro de los acontecimientos y me preguntó, entre asombrado y curioso, qué estaba pasando.

—¡Borges nos quiere conocer! —le respondí, con una emoción que apenas me cabía en el pecho.

No terminaba de decírselo cuando la señora Betty nos pidió que nos acercáramos.

El diálogo con el Maestro

Avanzamos con cautela, casi con miedo de que el aire de nuestros pasos rompiera el hechizo. Al estar frente a él, la figura del maestro cobró una dimensión distinta: la fragilidad de su cuerpo contrastaba con la autoridad intelectual que emanaba de su rostro. Sus ojos, aunque nublados, parecían buscar la procedencia de esa voz que acababa de invocar a México.

Betty nos presentó brevemente. Borges, con una cortesía antigua y una sonrisa apenas dibujada, extendió su mano. Su tacto era suave, pero su voz, al hablar, tenía la precisión de un relojero.

—Así que de México... —dijo, prolongando la vocal como si estuviera saboreando un recuerdo—.

No acabábamos de acomodarnos cuando Borges nos confió que en unos meses viajaría a México; el gobierno de nuestro país, a través de la Sociedad Alfonsina Internacional, acababa de otorgarle el Premio Internacional Alfonso Reyes. Nos dijo, visiblemente emocionado, que tenía muchas ganas de realizar ese viaje. Su interés no radicaba tanto en recoger el premio —gesto que, por supuesto, agradecía—, sino en la posibilidad de conocer a Juan Rulfo, recorrer las pirámides de Teotihuacán y visitar la Capilla Alfonsina: la casa donde vivió su entrañable amigo Alfonso Reyes.

A Reyes lo había conocido en 1927, cuando el regiomontano llegó a la Argentina para hacerse cargo de la embajada.

—Reyes —nos dijo Borges con nostalgia— tenía entonces treinta y ocho años recién cumplidos, y yo apenas iba a cumplir los veintiocho.

Nos comentó que gracias a la estrecha relación que mantuvo con él desde aquel primer encuentro en casa de Pedro Henríquez Ureña hasta su muerte en 1959, nació su profundo amor por México y su literatura. De hecho, mencionó con entusiasmo que quería conocer también a Salvador Elizondo, Juan José Gurrola, Adriano González León y Juan García Ponce. Tras escucharlo, Enrique y yo comprendimos la razón de tanta amabilidad por parte del eterno candidato al Premio Nobel de Literatura hacia nosotros: para él, éramos una extensión viva de esa geografía literaria que tanto admiraba.

La disputa en la calle Maipú

Sin embargo, la conversación dio un giro inesperado. Borges comenzó a hacernos preguntas sobre la situación política de México. Estaba genuinamente interesado en el funcionamiento de nuestro sistema. Su opinión, para sorpresa de ambos, era favorable; según su visión, gracias a ese sistema singular, el país había logrado décadas de estabilidad y paz social.

Aquello nos dejó atónitos. Nosotros éramos acérrimos críticos del autoritarismo imperante y del control absoluto del PRI, el partido hegemónico. Llevábamos en la memoria la herida fresca de la represión: el movimiento estudiantil de 1968 que culminó en la matanza de Tlatelolco, y la sangrienta embestida paramilitar contra la marcha de San Cosme el 10 de junio de 1971, el fatídico Jueves de Corpus.

Borges insistía en que estaba impresionado por el progreso económico de México, por su estabilidad y por lo que él llamaba su "gran desarrollo". Aquello, inevitablemente, encendió la polémica.

Enrique tomó la palabra para contraargumentar: si bien era cierto que la economía mexicana había crecido de manera sostenida, el costo había sido una desigualdad social profunda. Yo intervine para remarcar que ese crecimiento se reflejaba, de forma lacerante, en una injusta distribución de la riqueza nacional.

En medio de ese intercambio, entró de repente a la librería una joven argentina. Al ver que Borges conversaba con nosotros, se acercó sin rodeos para integrarse al grupo; se presentó como estudiante de Ciencia Política y mencionó

haber pasado una temporada en México. Sin preámbulos, comenzó a criticar la situación de nuestro país, señalando la falta de libertad de expresión y la pobreza extrema.

Borges, para nuestra sorpresa, no estuvo de acuerdo y esgrimió sus propios argumentos, defendiendo a México a capa y espada. La estudiante cuestionó entonces otros aspectos del sistema político mexicano, pero el debate dio un giro inesperado y violento cuando salió a relucir el inminente retorno del general Juan Domingo Perón al poder.

A partir de ese instante, la discusión se salió de control. La joven declaró abiertamente su apoyo al regreso del General, mientras Borges manifestaba un rechazo absoluto. Con la voz cargada de memoria, recordó que el gobierno de Perón, allá por 1946, había encarcelado a su madre y a su hermana por participar en una protesta. Recordó, sobre todo, la humillación personal: cuando fue destituido de su cargo en la Biblioteca Municipal Miguel Cané para ser nombrado, con sarcasmo burocrático, Inspector de Aves y Conejos en los mercados.

—Por ello —agregó con firmeza— apoyé la Revolución Libertadora del general Aramburu; era la única manera de acabar con la tiranía populista de Perón.

Cuando la estudiante le reviró, acusándolo de haber recibido sin recato nombramientos y distinciones por parte de la dictadura militar de Aramburu, la atmósfera se volvió densa y la situación, definitivamente, se puso fea.

En efecto, a esas alturas y tras más de una hora de alegatos, la discusión había subido de tono a tal punto que la encargada, la señora Betty, no tuvo más remedio que intervenir. Nos pidió amablemente que concluyéramos el

debate y nos retiráramos del lugar, pues el señor Borges —argumentó con razón— se había alterado en extremo, lo cual era peligroso para su precaria salud.

La despedida y el eco en México

Enrique y yo, al igual que la joven argentina, nos levantamos de la mesa de inmediato. Borges y su secretaria hicieron lo propio. El notable escritor agradeció nuestra presencia y se despidió de mano de cada uno de nosotros. Tomó su bastón de caoba, dio media vuelta y nos dijo adiós.

Para sorpresa de todos, en ese preciso momento, la joven argentina —la misma que lo había cuestionado con tanto fuego— se ofreció a acompañarlo al departamento que el escritor ocupaba desde 1944, en el sexto piso de Maipú 994, a tan solo unos pasos de la librería. Lo tomó del brazo y lo guio con sumo cuidado hacia la Galería del Este.

A través de los ventanales de la librería *La Ciudad*, la señora Betty, la secretaria, Enrique y yo vimos cómo el gran autor de *El Aleph*, *Ficciones*, *El oro de los tigres* y tantos otros laberintos literarios, se alejaba caminando lentamente, apoyado en su bastón y en el brazo de aquella joven.

Epílogo

Unos meses después, en diciembre de 1973, Jorge Luis Borges viajó finalmente a la Ciudad de México para recibir la primera edición del Premio Internacional Alfonso Reyes. Al aceptar la distinción de manos del presidente Luis Echeverría

Álvarez, el maestro, con su característica humildad e ironía, declaró:

—Tenía preparadas unas palabras para este momento, pero las he olvidado. No soy memorioso.

Sin embargo, el gran amigo de Alfonso Reyes había dejado escrito, años antes, el verdadero motivo de su gratitud hacia nuestra tierra:

—Cuando joven, yo no era en Buenos Aires sino el hijo de Leonorcita Acevedo, el nieto del coronel Borges; pero Reyes adivinó, de algún modo, que yo iba a ser poeta. Él era ya un escritor famoso, un hombre que había renovado la prosa española. Yo le enviaba mis manuscritos y él no leía lo que estaba en ellos, sino lo que yo intentaba hacer. Después le decía a la gente: «Qué buen poema ha escrito este muchacho Borges».

Un escritor colombiano le preguntó después su opinión sobre el presidente Echeverría, a lo que Borges contestó con su habitual mordacidad:

—Nunca me tomé en serio. Pero si ese es el presidente, prefiero no imaginar el gobierno.

Al día siguiente de recibir el premio, Borges se dirigió a Teotihuacán. Durante cuatro horas seguidas —pese a sus setenta y cuatro años— recorrió las pirámides de arriba abajo; para la ocasión, hay que decirlo, se vistió con un elegante traje azul oscuro, camisa blanca y una corbata amarilla.

Antes de emprender el regreso a la Argentina, pudo cumplir su anhelado sueño de conversar con Juan Rulfo. En el transcurso de la charla, Borges le hizo una confesión extraordinaria:

—Le voy a confiar un secreto. Mi abuelo, el general, decía que no se llamaba Borges, que su nombre verdadero era otro, uno secreto. Sospecho que se llamaba Pedro Páramo. Yo, entonces, soy una reedición de lo que usted escribió sobre los de Comala.

A lo que Rulfo, conmovido, le respondió:

—Así ya me puedo morir en serio.

Borges estuvo en México solo cuatro días.

Por cierto, el nombre completo del escritor argentino era Jorge Francisco Isidoro Luis Borges Acevedo. Se cuenta que un miembro del jurado del Premio Nobel de Literatura le telefoneó una vez para advertirle que el galardón no le sería otorgado si se atrevía a recibir, de manos del dictador Augusto Pinochet, el Doctorado Honoris Causa que la Universidad de Chile planeaba entregarle.

Borges le contestó al académico sueco con una contundencia memorable:

—Mire, señor; yo le agradezco su amabilidad, pero después de lo que usted acaba de decirme, mi deber es ir a Chile. Hay dos cosas que un hombre no puede permitir: intimidar o dejarse intimidar. Muchas gracias, buenos días.

Borges consideraba su afiliación al Partido Conservador como “una forma de escepticismo”. Se definía a sí mismo como un “anarquista spenceriano”; es decir, defendía a ultranza el individualismo, era enemigo del Estado y de los movimientos colectivistas, y un férreo opositor a las guerras, las fronteras y los controles estatales.

Hay una anécdota que lo pinta de cuerpo entero:

Una mañana de octubre de 1967, Borges se encontraba al frente de su clase de Literatura Inglesa en la Facultad. De

pronto, un estudiante entró en el aula y lo interrumpió para anunciar la muerte del Che Guevara; exigía la inmediata suspensión de las clases para rendirle un homenaje.

Borges, imperturbable, contestó:

—El homenaje, seguramente, puede esperar.

El clima en el salón se volvió tenso de inmediato. El estudiante, desafiante, insistió:

—¡Tiene que ser ahora mismo y usted se va!

Borges no se resignó y, alzando la voz, gritó:

—¡No me voy nada! ¡Y si usted es tan guapo, venga a sacarme del escritorio!

Ante la negativa, el estudiante amenazó con una medida desesperada:

—¡Entonces voy a cortar la luz!

A lo que Borges, con esa ironía inmortal que lo caracterizaba, retrucó:

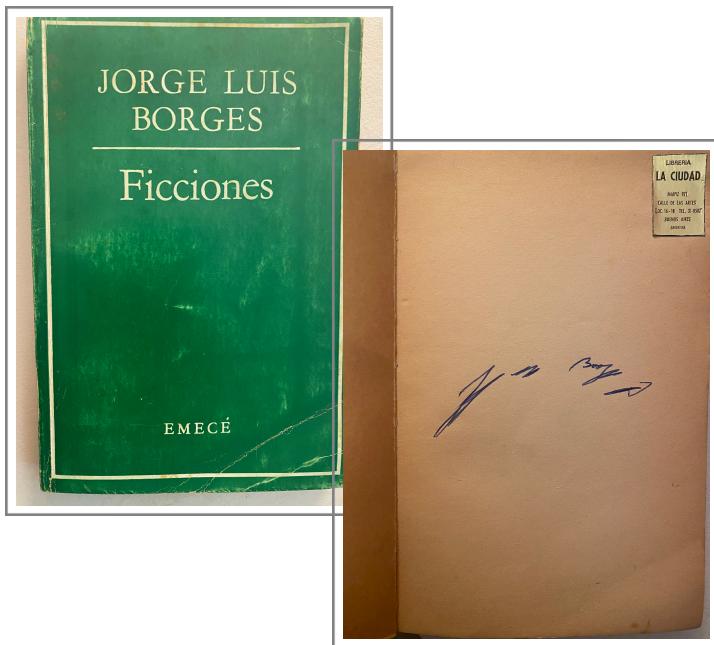
—He tomado la precaución de ser ciego esperando, precisamente, este momento.

El Objeto de la Memoria

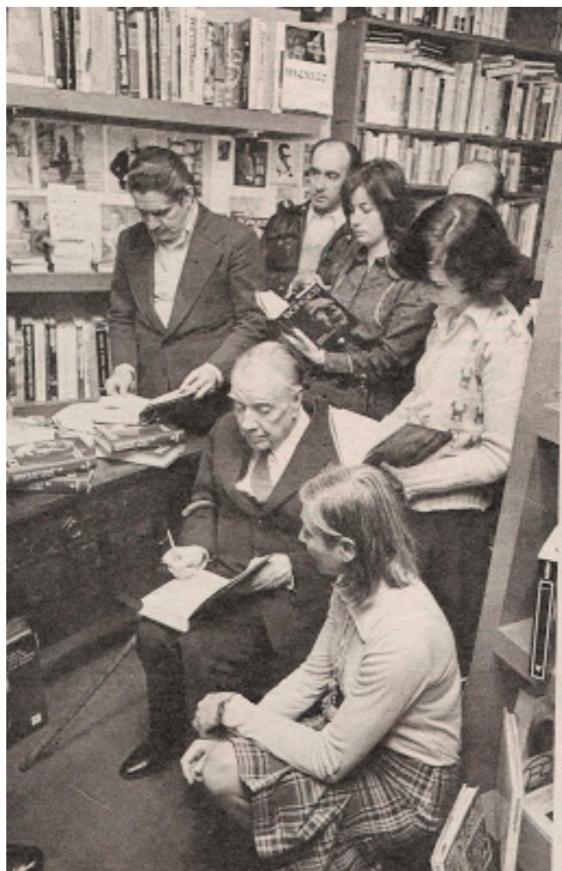
Ahí queda, como un testigo silencioso de aquella tarde calurosa de 1973: el ejemplar de *Ficciones*, editado por Emecé. Conserva el sello de la librería La Ciudad, de Maipú 971, ese refugio en la "Calle de las Artes" donde el azar —o quizás el destino que Borges tanto estudió— decidió que un joven mexicano y el mayor escritor de la lengua se encontraran.

Al abrirlo, la mirada se detiene en los trazos inciertos, pero decididos, de una mano que ya no veía el papel, pero que

conocía perfectamente el peso de las palabras. La firma de Jorge Luis Borges permanece ahí, no solo como un autógrafo, sino como la rúbrica de un viaje que comenzó en el aeropuerto de Ezeiza y terminó en la eternidad de una biblioteca personal.



Es, en última instancia, la confirmación de que toda historia familiar, toda migración y todo encuentro, es —como el propio libro— una red de senderos que se bifurcan, pero que siempre terminan por encontrarse en el corazón de quien recuerda.



Xochimilco Editions

México · Barcelona · Bogotá · Buenos Aires · Caracas · Madrid
Montevideo · Miami · Santiago de Chile · París
Los Ángeles · Londres · Milpa Alta